

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
 Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke.
 Veröffentlichungen - auch von Teilen - bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



Heath, R. G. e I. M. Krupp, <i>Schizophrenia as an Immunologic Disorder</i> (A. Córdova)	107
Jouvet, Michel, <i>The States of Sleep</i> (A. Córdova)	108
Szara, S., <i>The Hallucinogenic Drugs. Curse or Blessing?</i> (C. Serrano)	109
Crinker, R. Jr., <i>Complementary Psychotherapy: Treatment of "Associated" Pairs</i> (C. Serrano)	109
Hudgens, R., James Morrison, R. et. al., <i>Life Events and Onset of Primary Affective Disorders</i> (F. del Villar)	109
Heath, R. G., <i>Schizophrenia: Biochemical and Physiologic Aberrations</i> (A. Córdova)	111
Rutter, M., <i>Classification and Categorization in Child Psychiatry</i> (R. Castañeda)	112
Shave, D. V., <i>Guilt in Schizophrenia</i> (R. Castañeda)	113
Newnham, W. H., <i>Sexual Perversion Associated with Cerebral Tumor</i> (R. Castañeda)	113

FUENTES Y DIRECCIONES DE LA AGRESIVIDAD *

Ramón de la Fuente

EN LA vida individual y social, la agresividad se muestra a cada paso con múltiples rostros. Puede ser física o verbal, realista o simbólica, deliberada o impulsiva. Puede ser defensiva o vengativa. Puede despertarse por estímulos internos o ser evocada por situaciones externas. La agresividad puede ser desplazada o inhibida. Puede verse al exterior o estar dirigida contra la propia persona. Puede ser instrumento en el logro de una meta racional y a menudo irracional. Ser agresivo, constituye, a veces, un modo de ser estereotipado y un rasgo del carácter del individuo. Términos tales como cólera, enojo, hostilidad, odio, resentimiento, violencia, crueldad, sadismo, destructividad, etc., se refieren a distintos niveles de organización o expresión de la agresividad.

De lo anterior se deduce que "agresividad" es un término genérico, un tanto abstracto, que sólo puede usarse en el sentido más general, y que los distintos conceptos que se refieren a él necesitan ser definidos o aclarados.

Las observaciones psiquiátricas y psicoanalíticas, los datos derivados de la sociología, del estudio de la conducta animal, de la antropología y de las investigaciones experimentales, arrojan alguna luz sobre este problema universal y elusivo: las fuentes y direcciones de la agresividad en los seres humanos.

La agresividad como tendencia a ser agresivo debe ser distinguida de la conducta agresiva y de las expresiones afectivas de la agresividad; las emociones de enojo y de cólera y los sentimientos de odio y hostilidad. La cólera y el enojo emergen en presencia de una señal adecuada interna o externa, instigan una conducta agresiva e implican un contenido ideativo y una pauta de cambios viscerales y del sistema muscular voluntario. El contenido ideativo y la actividad corporal pueden incluir cualquiera de los modos de expresión física de la agresión tales como morder, tragar, herir, destrozar, romper, mutilar, etcétera.

El odio y la hostilidad son sentimientos. Representan una forma de enojo menos violenta pero más estructurada y sostenida que la cólera. Estos sentimientos pueden mantenerse activos o bien permanecer latentes y avivarse ante estímulos evocadores.

El término "violencia" se refiere a la expresión directa, cruda y explosiva de la agresividad, en contraste con otras formas más intelectualizadas y sutiles como la mordacidad y el sarcasmo.

El sujeto que se enoja o encoleriza tiene generalmente advertencia de que su cólera o su enojo están dirigidos hacia un objeto que es percibido como frustrante o peligroso. Su meta es remover el obstáculo, destruirlo o forzarlo mediante el castigo a dar satisfacción. Sin embargo, el objeto puede ser susti-

* Trabajo leído por su autor como una introducción al tema "La agresividad humana" en la II Reunión Anual de la Sociedad Psicoanalítica Mexicana que se llevó a cabo en noviembre de 1967.

tuido por otro, o bien puede faltar su advertencia, es decir, que es posible experimentar cólera o estar enojado sin saber contra qué o contra quién. Del mismo modo, una persona puede sentir algunos de los acompañantes corporales de la cólera, sin tener conciencia del afecto, o sea, del estado subjetivo. También puede ocurrir que el componente ideativo, las fantasías, permanezcan fuera del campo de advertencia del sujeto. La observación y la investigación clínica muestran que los elementos de la reacción hostil son hasta cierto punto disociables y los objetos hasta cierto punto sustituibles.

La observación y la clínica indican también que al lado de personas agresivas, en cuanto que son explosivamente coléricas, pero cuya cólera se desvanece apenas expresada, hay otras que parecen estar siempre dispuestas a sentir odio y hostilidad. No pueden tolerar ni las ofensas, ni el bien de otros. Su disposición a la agresividad es permanente y las circunstancias del momento sólo les dan la oportunidad de expresarla. Aparte de estas personas iracundas o rencorosas, hay otras que experimentan la mayor repugnancia ante todo lo que significa crueldad y violencia.

La agresividad en la patología humana

La agresividad en sus distintas formas es un fenómeno central en la patología humana. El estudio de los enfermos muestra que hay diferentes formas y niveles de organización y de expresión de la agresividad.

Las personalidades paranoides albergan un odio profundo. Atribuyendo actos o intenciones hostiles a los demás, se sienten libres para convertirse en agresores. En las ideas obsesivas, los impulsos agresivos son un contenido habitual al lado de impulsos obscenos y coprofilicos. En algunos esquizofrénicos, particularmente enfermos catatónicos, la agresividad latente puede brotar en forma peligrosa en cualquier momento. La hostilidad reprimida es un elemento comúnmente identificado en ciertos dolores psicogénicos de carácter histérico. En algunas neurosis, la tendencia sádica a empequeñecer, humillar y hacer sufrir a los demás es prominente en tanto que otros enfermos reprimen cualquier impulso autoafirmativo como si se tratara de un impulso destructivo.

La conducta autoagresiva es muy aparente en algunas condiciones patológicas. El enfermo severamente deprimido se reprocha, se devalúa y se ataca a sí mismo y todo puede culminar con su autodestrucción. Hay personas cuyas vidas están dominadas por el masoquismo moral. Llevan su abnegación y su ascetismo al extremo. Actúan en contra de sus intereses, se agreden veladamente y en forma reiterada cometen errores que los conducen a la infelicidad. Esta inclinación puede coexistir en la misma persona con la tendencia sádica a humillar y a hacer sufrir. En algunas personas, la necesidad de sufrir o hacer sufrir condiciona su capacidad para el goce sexual.

Muchos psicópatas que llevan a cabo actos impulsivos no parecen estar dotados de una agresividad mayor que otras personas. Su defecto radica en los mecanismos que normalmente modelan, inhiben o posponen la descarga agresiva.

Si bien hay delincuentes que expresan libremente su agresividad, sin que sus actos violentos despierten en ellos sentimientos de culpa, otros, sin tener

advertencia de ello, actúan en formas que conducen a su detención y a su castigo, guiados por una necesidad inconsciente de expiar su culpa.

La agresividad parece jugar también un papel central en numerosos trastornos funcionales y en ciertas enfermedades orgánicas.

Los fisiólogos han aportado pruebas experimentales. Un animal, al cual se le provoca agresividad al mismo tiempo que se le impide descargarla, sufre un aumento en el tono de las musculaturas lisas y estriadas y, como consecuencia, perturbaciones circulatorias, endocrinas y metabólicas. El paralelismo se establece con alteraciones semejantes que ocurren y se hacen permanentes en el hombre que vive en situaciones frustrantes y generadoras de hostilidad cuya expresión se ve impedida por obstáculos externos o internos.

La relación de la agresividad inexpressada con el síndrome de hipertensión arterial y con otros síndromes somáticos, como la artritis reumatoide y la jaqueca hemicránea, ha sido repetidamente señalada (1). El hipertenso es con frecuencia un sujeto que durante años alienta rencores y pensamientos agresivos sin llegar nunca a manifestarlos. En buena parte su ideación hostil permanece inconsciente, lo que contribuye a una tensión interna que mantiene a su organismo física y psíquicamente preparado para ejecutar actos agresivos que nunca lleva a cabo. Eventualmente se establece la hipertensión que es una parte de la pauta fisiológica normal de la hostilidad. En el artrítico, el tono muscular, es activado en forma persistente más allá de sus límites fisiológicos. El daño articular es la consecuencia a largo plazo.

Áreas cerebrales implicadas en la conducta agresiva

Los estudios de Bard (2) y de Kluver y Bucy (3) en animales demostraron que las lesiones en áreas delimitadas del cerebro o su estimulación experimental conducen al desarrollo de docilidad o ferocidad en animales. Las investigaciones de estos autores, complementadas y refinadas por otros, no dejan lugar a dudas en cuanto a que hay un mecanismo innato para la conducta agresiva que está situado caudalmente en el sistema límbico, sobre el cual las partes situadas por delante y la corteza cerebral ejercen una acción inhibitoria.

El estudio de la conducta anormalmente agresiva en seres humanos que sufren alteraciones orgánicas del cerebro lleva a conclusiones similares.

En niños que han sufrido estados encefalíticos y cuya conducta se torna impulsiva y violenta, los estudios anatomopatológicos ponen de manifiesto lesiones en los ganglios basales, en el hipotálamo y en la sustancia gris periacueductal del tallo cerebral (4).

Es también un hecho conocido que la conducta de enfermos que sufren epilepsia del lóbulo temporal, la cual se relaciona con alteraciones en el sistema límbico, se caracteriza entre otros desórdenes de la personalidad por agresividad explosiva (5).

Con frecuencia, en enfermos que sufren lesiones que afectan la corteza orbitaria del lóbulo frontal y la parte anterior del hipotálamo, ocurren cambios en la personalidad, y entre ellos, la agresividad explosiva es prominente. Algunos de los efectos indeseables de la lobotomía prefrontal son la intolerancia para la



frustración, la impulsividad y la propensión a la violencia. En todos estos casos el umbral para la descarga parece ser anormalmente bajo.

Sustancias que actúan sobre el cerebro, como el alcohol, liberan la agresividad en algunas personas, en tanto que otras sustancias, como el meprobamato y el diazepam inhiben las respuestas agresivas tanto en los humanos como en los animales.

La agresividad en los animales

Las observaciones de los etólogos y las de los investigadores en el campo de la psicología animal coinciden en lo que respecta a la conducta agresiva de los animales.

Timbergen (6) ha hecho notar que habitualmente las agresiones ocurren entre animales de la misma especie, en tanto que las agresiones entre animales de distintas especies con excepción de animales depredadores que atacan a sus presas, son muy frecuentes. Aun siendo así, se ha observado reiteradamente (Kuo) (7), que si animales entre los que existe una relación de depredador y presa, como perros, gatos y ratones, son criados juntos desde la infancia, la familiaridad impide que ocurran agresiones entre ellos.

Se ha observado también que las agresiones entre animales son a menudo desencadenadas por rasgos particulares que sirven de signos-estímulo. Por ejemplo, Timbergen (8) ha observado que entre ciertas variedades de pájaros y de peces, una mancha roja en el vientre es el estímulo desatador. Este estímulo parece ser muy específico. Sin embargo, los peces sólo atacan cuando están en celo, cuando su territorio es violado y cuando el ataque puede tener éxito. De sus observaciones concluye que no hay evidencia de un instinto agresivo general entre los animales.

Aun cuando los animales de una misma especie pelean entre sí para conservar el espacio, la comida, el territorio, etc., o para seleccionar el mejor macho para la propagación, en varias especies de animales hay mecanismos que se ponen en juego para preservar la vida del vencido. Las peleas están diseñadas para medir fuerzas con el rival sin causarle daño grave. Son sustitutos rituales (gestos, amenazas y uso de símbolos de sumisión y apaciguamiento) de una verdadera pelea a muerte. K. Lorenz (9) ha observado que en las peleas entre lobos el animal perdedor adopta posturas de sumisión que el vencedor respeta. El permanecer inmóvil o exhibir al vencedor la garganta vulnerable detiene el ataque. La inmovilidad representa probablemente una forma de esconder los estímulos que liberan la agresión del enemigo. Peleas rituales entre ciertos peces, pájaros, lagartos y serpientes venenosas han sido también descritas.

Si bien en las agresiones intraespecíficas los participantes despliegan una emoción agresiva, esto no ocurre en el animal depredador que ataca a su presa, el cual lleva a cabo su tarea a "sangre fría". En todo caso el despliegue emocional agresivo queda a cargo de la víctima y no del depredador.

Comentando la observación de que los animales rara vez luchan hasta la muerte, J. de Carthy y F. J. Ebling (10) hacen notar que en la especie hu-

mana los aspectos destructivos de la agresión abierta superan grandemente a los aspectos rituales, y afirman que "en este respecto como en otros, el hombre ocupa un lugar único entre los animales. La destructividad humana es esencialmente humana."

Scott y Fredericson (11), sobre la base de sus estudios en ratas y ratones, distinguen en estos animales dos formas de agresión, una basada en la competencia y otra que es instrumento para la obtención de metas o representa un ataque a los obstáculos que detienen al animal en su obtención. En todo caso, las agresiones no parecen provenir de una corriente continua de impulsos. Scott ha condicionado a ratones a ser pacíficos o agresivos y ha observado que si estos últimos son repetidamente derrotados, se vuelven mansos. Sobre la base de sus observaciones rechaza la idea de que la conducta agresiva proceda de un simple instinto, en el sentido de una fuerza impulsora interna que tiene que ser satisfecha, sino más bien la considera resultado de la experiencia. Sin embargo, estos experimentos no prueban que la conducta agresiva tenga que ser aprendida, aunque sí muestran que la conducta agresiva puede ser incrementada e inhibida por la experiencia.

Scott (12) resume: hay un mecanismo fisiológico interno que sólo necesita ser estimulado para producir conducta agresiva pero no existe una necesidad de agredir, como algo aparte de lo que ocurre en el mundo externo.

Clark (13), por su parte, concluyó de sus observaciones en cierta clase de ratones que los patrones de conducta agresiva de estos animales pueden ser modificados por la experiencia. En su opinión no puede hablarse de una "necesidad de agresión" como una fuerza oculta, sino que la conducta agresiva depende en parte de una pauta génica, aunque puede usarse en forma adaptativa en respuesta a ciertas situaciones que la suscitan.

Ciertos procesos químicos internos íntimamente relacionados con el funcionamiento sexual parecen servir como "un estímulo siempre presente" para llevar a cabo actos hostiles (14). Los ratones comienzan a pelear a partir del momento en que producen hormonas masculinas. Beach (15) observó que la rata macho deja de pelear cuando se le castra. Ambas conductas, la sexual y la agresiva, se restauran cuando se le inyecta propionato de testosterona. Sin embargo, estos hechos no autorizan a pensar que las hormonas sexuales sean el sustrato de la conducta agresiva. Beach ha mostrado que conforme se asciende en la escala zoológica la conducta instintiva se hace más independiente de los estímulos hormonales.

Konrad Lorenz (16) expresa un punto de vista que apoya la consideración de la agresividad como una impulsión instintiva. Este biólogo mantiene que el mecanismo de cada patrón instintivo acumula una excitación en un centro instintivo particular en el S. N. central. Usando una analogía hidráulica postula que en ausencia de una situación apropiada para su liberación la "energía específica para la acción" se acumula, dando como resultado una baja del umbral para el estímulo capaz de liberar el patrón de la acción. Si la acumulación de energía alcanza cierto nivel, la conducta instintiva se desencadena por sí misma. Otros investigadores como C. Thorpe (17) han puesto en duda esta "actividad en el vacío".



Lorenz afirma que “no puede haber ninguna duda en la opinión de cualquier científico con mentalidad biológica en cuanto a que la agresión intraspecífica es en el hombre, al igual que en la mayor parte de los vertebrados que ocupan un lugar elevado en la escala zoológica, precisamente una impulsión destructiva”. Refiriéndose a la agresividad humana, afirma que tampoco puede dudarse que lo que Freud llamó instinto de muerte no sea otra cosa que “el extravío o fracaso de este instinto que en sí mismo es tan indispensable para sobrevivir, como cualquier otro”.

Aspectos psicoanalíticos y psicológicos

Al final de su vida Freud concibió a los seres humanos como dotados genéticamente de una cantidad dada de energía, de naturaleza destructiva en el sentido más amplio, que inevitablemente debe expresarse en una u otra forma. Esta energía está en un principio invertida en la propia persona. En el curso del desarrollo se derrama sobre objetos externos y si es bloqueada o inhibida en su manifestación directa externa busca un modo de expresarse indirectamente. Si su expresión externa se ve impedida del todo, retorna sobre el individuo mismo y puede destruirlo. En el curso del desarrollo individual la conducta al servicio de la destructividad se hace más variada y eficiente y sólo se ve atenuada por su mezcla con el amor.

El punto de vista de Freud es que las agresiones se generan en una fuente interna de energía siempre activa y tendiente a buscar avenidas de expresión y que los estímulos externos juegan un papel secundario. El objeto —dice Freud— se liga a la impulsión “sólo como consecuencia de ser peculiarmente apropiado para proveer satisfacción”.

Antes de la primera Guerra Mundial, Freud mantuvo que la conducta humana está regida esencialmente por el juego entre dos instintos principales: el instinto sexual, al servicio de la preservación de la especie, y los instintos del ego, al servicio de la preservación del individuo. En aquel tiempo no consideró a la agresividad como una impulsión primaria sino principalmente el resultado de frustraciones. Atribuyó las neurosis a la represión de los instintos sexuales por los instintos del ego.

Durante la primera Guerra Mundial sus ideas empezaron a variar. Observó entonces que las tendencias hostiles podían ser reprimidas al igual que las sexuales. Hacia 1920 ya no pensaba que la agresión fuera necesariamente el producto de la frustración de los impulsos sexuales y postuló que las acciones hostiles dependen de una fuerza impulsora constante cuya energía debe ser liberada en una u otra forma (18).

Postuló dos fuerzas básicas: eros al servicio de la continuación de la vida y thanatos, una tendencia fundamental, supuestamente instintiva, común a todos los organismos vivos, a retornar al quietismo de la materia inorgánica, en otras palabras, un instinto que tiene como meta la muerte.

Freud pensó que lo que es común a los instintos, es su tendencia a la disminución de la estimulación. Los impulsos libidinosos alivian la tensión sexual y el instinto de muerte tiende a eliminar la tensión de la vida. Morir es estar libre de estimulaciones. La fórmula tensión-reducción de tensión es una noción central en su teoría. La búsqueda de placer está básicamente dirigida a la reducción de tensión.

El instinto de vida dirige hacia otros el instinto de muerte, originalmente enderezado hacia el propio yo. Ambos se fusionan y es esta fusión de los instintos la que explica tanto al sadismo como al masoquismo. Atenuado mediante su fusión con la libido, el instinto de muerte puede ser satisfecho en cierto grado en la expresión de anhelos de dominio y otras formas de actividad agresiva.

El masoquismo es la consecuencia del reflujo de las fuerzas destructivas ocasionado por las restricciones de la civilización (19). Cuando ocurre este reflujo, las fuerzas destructivas son experimentadas como sentimientos inconscientes de culpa o bien como una necesidad de castigo. Cuanto más se abstiene una persona de agredir, tanto más estricta y sensitiva se vuelve su conciencia. La coincidencia de una conciencia estricta y sentimientos de culpabilidad es una indicación clara de que la agresividad se ha vuelto contra el propio individuo. Freud pensó que solamente postulando tal reflujo del instinto de muerte resulta comprensible este fenómeno clínico.

Algunas investigaciones recientes plantean serias dudas en cuanto a que el modelo tensión-reducción de tensión, aun modificado por el concepto de “hambre de estímulos”, sea satisfactorio.

Ahora es generalmente aceptado que los organismos no sólo alivian sus tensiones en el ambiente externo, sino que con frecuencia se salen de su camino en busca de estímulos que aumenten la tensión. En todo caso lo que los organismos buscan es un óptimo de excitación y ciertas fluctuaciones (Hebb).

Un punto de vista diametralmente opuesto al de Freud fue expresado en 1939 por Dollard y sus colaboradores (20). Este psicólogo postuló que la agresividad no es una cantidad genéticamente determinada de energía en busca de expresión, sino un producto colateral de la frustración; la respuesta invariable a ella. Si la agresividad es universal es porque en nuestra especie la frustración de pulsiones básicas es también universal. Según este autor no hay una pulsión destructiva primaria. La tendencia a actuar agresivamente varía con la cantidad de frustración.

Las agresiones se originan en último término como respuestas a algunas interferencias con actividad dirigida a una meta. Estas interferencias (frustraciones) pueden provenir del exterior o tener su origen en conflictos internos.

Dollard distingue entre las agresiones que son respuestas a las frustraciones, incluyendo amenazas y privaciones, es decir, agresiones reactivas, y las agre-

siones que son conducta instrumental para el logro de metas. Las frustraciones producen un estado emocional: la cólera, que aumenta las posibilidades de conducta agresiva. Las frustraciones repetidas facilitan cada vez más las respuestas agresivas, pero en todo caso el estímulo es necesario.

Las teorías del aprendizaje no prestan atención a las variables que intervienen entre el estímulo, es decir la frustración, y la respuesta, es decir la agresión. Como consecuencia, tienden a hacer caso omiso de las componentes internas de la agresividad experimentadas subjetivamente: componentes afectivas (fantasías y sentimientos) que forman el centro particular de interés en el enfoque psicoanalítico.

Actualmente pocos psicoanalistas se adhieren a la hipótesis de Freud sobre la génesis de la conducta agresiva, aunque pocos negarían que el haber atribuido a la destructividad irracional un papel fundamental en la conducta humana representó un avance indispensable en sus teorías.

Quienes rechazan el concepto del instinto de muerte aducen que ni la observación clínica permite pensar que la destructividad sea parte fija del equipo humano, ni que la alternativa sea para los seres humanos destruir a los demás o destruirse a sí mismos. Por otra parte, la biología no considera necesario postular un instinto de muerte para explicar la progresión inevitable hacia la muerte dado que la vida es un proceso que por su propia naturaleza conduce a la muerte.

Un representante de la adhesión al punto de vista original de Freud es K. Menninger (21) quien acepta en todas sus partes el concepto del instinto de muerte.

Otros psicoanalistas como Otto Fennichel (22) sostienen que el ímpetu hostil surge precisamente en respuesta a frustraciones, y otros más, como F. Alexander (23) y J. Hartmann (4), consideran que la agresividad es una impulsión instintiva, pero rechazan la idea de que esta impulsión esté relacionada con un supuesto instinto básico de muerte. Hartmann, aunque se separa de Freud en lo relativo al instinto de muerte, postula a las impulsiones sexuales y agresivas como las dos fuentes principales de la conducta. Este autor se adhiere también al concepto freudiano de que la energía del impulso agresivo puede al igual que la energía sexual ser "neutralizada", de tal modo que ambas energías pueden dotar de poder a formas de conducta que no tienen conexiones aparentes con el sexo y la hostilidad. Puesto que la energía agresiva está en operación constante, busca continuamente su expresión, y el peligro y la frustración no la crean, únicamente proveen la oportunidad para que sea descargada. Hartmann agrega que en ciertas circunstancias, el peligro objetivo determina la inversión de la descarga. Si esta energía no es aliviada peleando, puede volverse al interior y cuando tal cosa ocurre da origen a sentimientos de culpa, los cuales son comúnmente la expresión de la agresividad dirigida contra el propio yo.

En su obra *El corazón del hombre*, Erich Fromm (25) distingue entre agresividad que directa o indirectamente está al servicio de la vida y otras formas malignas que caracterizan al impotente y al débil y al que es incapaz de crear y de vivir autónomamente.

Abordando el problema desde el punto de vista de un humanismo dialéctico, ve en la polaridad vida-muerte los principios fundamentales que orientan la conducta de los seres humanos. Orientación biofílica y orientación necrofílica de la personalidad total son posibilidades abiertas al momento del nacimiento y el predominio de una u otra depende de las experiencias del niño en los primeros años.

La persona biofílica ama la vida y el goce. La persona necrofílica carece del goce de vivir; ama la muerte y la destrucción.

Puesto que preservar la vida es una cualidad inherente a los organismos vivos, la necrofilia es una tendencia antibiológica, es decir, una verdadera perversión. No se trata como Freud pensó de una dualidad entre dos instintos biológicamente inherentes, sino de la oposición entre la tendencia primaria a permanecer vivo y su contradicción.

Sobre la base de observaciones clínicas, Fromm relaciona a la orientación biofílica con la autonomía y la superación del narcisismo (síndrome de crecimiento) y a la orientación necrofílica, con la simbiosis incestuosa y el narcisismo maligno (síndrome de decadencia). Este último incluye los rasgos que Freud atribuyó al "instinto de muerte": autodestructividad y destructividad, y al carácter anal: orden, parsimonia y obsecación.

Su análisis de la sociedad industrial contemporánea lo conduce a afirmar que en ella existen condiciones que favorecen el desarrollo de una orientación necrofílica.

Aspectos sociales

La civilización obliga a los hombres a refrenar sus expresiones agresivas a través de su vida. Sólo los autoriza a expresarlas en situaciones especiales de defensa, en forma simbólica o ritual en las competencias deportivas y más anónimamente en las guerras y revoluciones. De ahí que los seres humanos encuentren necesario justificar sus agresiones. Por otra parte, la sociedad y la cultura son fuentes de displacer y de frustraciones. En el grado en que no satisfacen las necesidades básicas de los humanos, son generadoras de agresividad. Las sociedades y las culturas varían en cuanto a su poder para suscitar agresión y en cuanto a la eficacia de los controles que ejercen sobre los individuos.

Puede decirse que aunque las diferencias son importantes, no hay comunidades sin violencia. Los pequeños conglomerados que los antropólogos exhiben como ejemplos de comunidades sin violencia, los Arapech de Nueva Guinea y los pigmeos Iruri del Congo, son más bien la excepción que confirma la regla.

En algunas sociedades las expresiones crudas de violencia son en buena medida sustituidas por otras "ritualizadas" más sutiles pero no menos efectivas. En otras sociedades y en algunas situaciones en cualquier sociedad, la violencia es un lenguaje común, una forma cruda de comunicación. La violencia es entonces altamente valorada y los crímenes son considerados como actos meritorios. Por otra parte, la violencia ha permitido algunos de los mejores avances de la sociedad y puede ser el único recurso de los débiles para romper el orden establecido por los opresores.



J. P. Sartre (26), en la que puede considerarse su obra principal en teoría social, *Critique de la raison dialectique* (1960), concede una gran importancia a la violencia. Acepta la teoría de Thomas Hobbes de que en estado natural los hombres están en guerra unos con otros y sugiere que esto puede explicarse por la escasez. La escasez hace enemigos a los hombres. En tanto que persista la escasez, violencia y contraviolencia (el mal) son irremediables.

La escasez y la lucha contra ella son el motor de la historia, explican las relaciones humanas y las estructuras sociales. La escasez nos hace rivales, nos divide, porque son los otros quienes impiden que haya abundancia para uno. Pero también nos une, nos hace colaborar porque sólo unidos podemos luchar contra ella. Es así como este autor da una explicación económica del antagonismo intraespecífico en el hombre.

En su teoría dialéctica del origen de la sociedad considera necesario distinguir entre dos formas de estructura social: la serie y el grupo. La diferencia entre ambas depende de que se tenga o no se tenga un propósito colectivo común; las personas que esperan un autobús son rivales porque hay escasez de asientos. Uno piensa que los demás sobran y los demás piensan que uno sobra. Como consecuencia se ponen de acuerdo en "hacer cola". El antagonismo es reciprocidad negativa.

El grupo es potente porque tiene un objetivo común. La serie, por no tenerlo, es impotente. La escasez es la fuerza impulsora del grupo, su origen y el origen de la colaboración.

En el grupo, el individuo establece un compromiso de pertenecer a él y de permanecer leal a él, pero este compromiso tiene que ser reforzado por el terror. La escasez impulsa a formar grupos y el miedo los mantiene. El terror previene el peligro de que los grupos se disuelvan en serie. Es el terror lo que mantiene al hombre social. El terror es la base de la fraternidad y del Estado. Es por miedo que el vecino es mi hermano.

Sin embargo, Sartre piensa que hay esperanza. Esta esperanza radica en la revolución socialista. Sólo el grupo de trabajadores comprometidos puede vencer la escasez y crear una sociedad capaz de producir un hombre nuevo en sustitución del antihombre, el hombre corrompido por la escasez.

Procedamos ahora a hacer algunas consideraciones sobre el problema a la luz del material presentado. Dejando a un lado al supuesto instinto de muerte, pudiéramos decir que el debate actual se establece entre una concepción predominantemente instintivista y una concepción predominantemente ambientalista de la conducta humana. La primera sostiene que la conducta humana es esencialmente conducta instintiva, filogenéticamente adaptada y propone que las tendencias hostiles son básicamente respuestas no aprendidas a ciertas excitaciones. La concepción ambientalista sostiene que la conducta humana es esencialmente conducta ontogenéticamente adaptada y que la conducta agresiva tiene que ser elucidada por estímulos que se originan fuera del organismo. En

otras palabras: en tanto que algunos sostienen que la agresividad es algo innato, otros afirman que no es innata, sino aprendida, no un producto de la naturaleza, sino de la sociedad.

Las implicaciones de ambas posiciones extremas son claras; si los seres humanos fueran constantemente movidos a agredir, la agresividad no se vería sustancialmente reducida mediante la eliminación de los estímulos externos capaces de evocarla y la civilización y el orden moral deberían basarse en último término en la fuerza y no en el amor y en el altruismo. Si, por otra parte, la agresividad representa esencialmente una reacción, una respuesta a los estados de frustración, suprimiendo las frustraciones —si es que tal cosa fuera posible— se evitarían las reacciones agresivas.

Ciertamente la agresividad es un componente básico de la conducta y tanto los animales como los seres humanos poseen universalmente en el cerebro una organización neural, que es el equipo necesario para despertar la agresividad y para su expresión, y que es puesta en juego tanto por estímulos externos como internos. En situaciones apropiadas todos los seres humanos pueden actuar agresivamente. La capacidad de reaccionar en forma agresiva es innata, un resultado de la herencia biológica, necesaria para la preservación del individuo en el mundo peligroso que habita; pero esa organización neural por sí misma no nos aclara si la agresividad es un instinto o un patrón de conducta adaptativa.

Tradicionalmente el término instinto implica patrones de despertamiento, motivación y acción que son por esencia internos y automáticos, están filogenéticamente determinados y son poco influidos por el aprendizaje. Ampliar demasiado este concepto lo priva de su valor descriptivo. ¿Es este concepto aplicable a la agresividad humana?

En primer lugar, es necesario decir que el calificativo de instintivo cuando se aplica a formas de conducta cuyas fuentes somáticas internas no pueden ser identificadas, resulta un tanto impreciso. Por otra parte, los datos de que tal o cual conducta tiene un carácter instintivo en los animales, no autoriza como lo hace K. Lorenz a trasladar estos hallazgos directamente a los seres humanos, cuyo desarrollo difiere esencialmente del de otros vertebrados, por ser un proceso abierto a múltiples influencias en contraste con el carácter relativamente cerrado del desarrollo animal. Si bien cualquier forma de conducta humana tiene precursores en la de organismos más simples, conforme se avanza en la escala filogenética la tendencia es a una disminución del poder determinante del instinto, en el mismo grado en que la capacidad de aprender aumenta en importancia. En el hombre, la capacidad de aprender alcanza un desarrollo insólito.

Si la naturaleza instintiva de la agresividad en los animales es aceptada con reservas y limitaciones y aun negada por algunos estudiosos de su conducta, en los seres humanos es aún más dudoso que pueda atribuirse a la agresividad un carácter instintivo, es decir, algo del orden de una corriente continua o recurrente de impulsos que se generan en fuentes somáticas internas. El instinto agresivo sería en todo caso únicamente el precursor filogenético de la agresividad humana.



Estamos de acuerdo con Robert R. Holt (27) quien hace notar que la teoría psicoanalítica ha tropezado siempre con dificultades para conceptualizar la agresividad porque la impulsión instintiva se ha concebido como puramente autógena, y agrega: "Pienso que el modelo básico que usó Freud para su concepción de impulsión fue el hambre, la cual claramente puede despertarse por entero en el interior como respuesta a deficiencias resultantes del metabolismo. Con algunas dificultades, el sexo puede ser asimilado a este modelo; pero la agresividad encaja en él de modo muy defectuoso. Típicamente no es una necesidad que despierta en forma espontánea y que impulsa al organismo a buscar la gratificación como lo hace el hambre. . . Parece ser que hay una gama limitada de situaciones que usualmente la liberan o la suscitan, en especial las frustraciones y el ser víctima de un ataque o un insulto hiriente."

El estudio fenomenológico de la agresividad humana muestra que no es ni una corriente interna continua o fatalmente recurrente de impulsos, ni una pulsión perentoria como el hambre, la sed y el sexo. Sólo se suscita en circunstancias específicas y su descarga puede ser insistentemente inhibida. La variedad de formas en que según los individuos se la puede reducir, intensificar, distorsionar y canalizar en el curso del vivir, sugiere que es un proceso flexible ampliamente abierto al aprendizaje.

Antes de proseguir con la consideración del problema, es necesario hacer algunas distinciones. En primer lugar, hay que establecer una diferencia entre agresividad, que es una disposición persistente a actuar agresivamente, y conducta agresiva que es la actualización de esa inclinación en circunstancias específicas.

La conducta agresiva comprende una variedad de respuestas a frustraciones y percepciones de peligro. Su función biológica primaria es la de un instrumento para remover o destruir los objetos en el ambiente que obstaculizan la satisfacción de necesidades básicas del organismo. Es algo necesario en el vivir, que es común al hombre y a los animales. Originalmente es conducta al servicio de la supervivencia. Lograr seguridad es su meta. Entra en escena para proteger los valores del individuo cuando los siente amenazados.

Ante las frustraciones y ante las amenazas, es decir, en situaciones de emergencia, hay dos caminos abiertos para los organismos superiores: la fuga y el ataque. La fuga se integra por la percepción del peligro, la emoción de miedo y la conducta evasiva; el ataque, por la percepción del peligro, la emoción de cólera y la acción agresiva. Cólera y miedo son respuestas emocionales adaptativas primarias. La agresividad inhibida en su descarga y la angustia parecen estar íntimamente relacionadas. Ambas tienen una pauta fisiológica muy semejante, al grado de que la propia persona que las experimenta no puede a veces distinguir entre ellas. (Es interesante hacer notar que en la cólera inexpressada y en la angustia, la pauta de excreción de catecolaminas y corticoesteroides es similar y contrasta con la pauta de excreción de esas mismas sustancias en los estados de miedo y de expresión colérica abierta.) En personas neuróticas es posible inferir que tras las manifestaciones de su angustia hay un caudal de agresividad inhibida. Por otra parte las personas más aterrorizadas son propensas a llevar a cabo agresiones violentas.

Ante situaciones de frustración o amenaza, dice S. Nacht (28), "el hombre se inclinaría a reaccionar con violencia, pero también ocurre que desde niño tema los efectos de su propia agresividad y sienta angustia ante las posibles consecuencias de llegar a hacer el daño que quisiera infligir a otros".

Cada frustración o amenaza es interpretada por la persona de acuerdo con sus experiencias previas. Su interpretación y la anticipación que hace de sus consecuencias varían de acuerdo con su carácter y según las circunstancias. Cuando la persona se siente impotente o vulnerable tiene miedo o se angustia. Cuando se siente poderosa, se encoleriza. Angustiabilidad y agresividad son el precipitado de tales experiencias.

Tanto la angustiabilidad como la agresividad son alimentadas por los peligros y las frustraciones que experimenta el niño y su repetición las establece como tendencias engranadas en su carácter.

La observación clínica pone de manifiesto que las personalidades más destructivas se organizan en una atmósfera de frustraciones y desamparo. La destructividad parece tener en ellas el carácter de un profundo resentimiento generado por esas frustraciones y ese desamparo.

Pero ¿no ocurre acaso que de las frustraciones dimane una fuerza positiva? La observación clínica muestra también que precisamente aquellas personas que cuando niños fueron consentidas en demasía, poco frustradas, cuando llegan a ser mayores están poco capacitadas para actuar en la vida, para afirmarse y para defenderse ante los ataques de los demás.

Al parecer todo depende de la cantidad y de la calidad de esas frustraciones. Si las frustraciones que el niño experimenta, no sobrepasan su capacidad para tolerarlas, su agresividad se estructura naturalmente, es decir, como una tendencia a usarla afirmativamente, y lo hace sentirse capaz de acometer los obstáculos que encuentra en su camino y defenderse cuando es necesario.

En grados variables los niños son amparados y abandonados; de ahí que la madre, el primer objeto de amor, sea también el primer objeto de la hostilidad del niño que quisiera agredirla porque lo hace sufrir; pero como necesita de ella para sobrevivir, se ve obligado a reprimir sus impulsos agresivos hacia ella.

Es muy probable que en la relación transaccional del niño con una madre que no ampara, que frustra y obstaculiza, que le hace generar demasiado agresividad y que también le impide expresarla, se encuentre el origen de la destructividad y de otras distorsiones de la agresividad que se manifiestan en el curso de la vida.

El niño, a diferencia de los animales, nace como un producto inacabado. Es muy posible que las diferencias individuales en cuanto a la inclinación a las reacciones violentas y en cuanto a las formas de ser agresivo, o de no serlo, tengan una base genética, pero es sobre la base de esta dotación genética que la experiencia, particularmente la experiencia temprana, completa al individuo tanto en lo que se refiere a la agresividad, como a otras disposiciones de la personalidad. Ninguna de estas inclinaciones es independiente de las otras. Forma la totalidad organizada de tendencias a la acción que llamamos carácter.



Por otra parte, la historia y la observación corriente del escenario social no dejan dudas acerca de la importancia de las condiciones económicas, sociales y culturales que mediante las experiencias del individuo modelan este proceso. Estas condiciones no sólo intensifican o reducen la agresividad humana, sino que la generan y la hacen contagiosa. La escasez y la abundancia de oportunidades para satisfacer necesidades humanas no son las mismas para cada individuo y para cada sector de una sociedad determinada. Además de que las sociedades crean en los individuos necesidades y les niegan la oportunidad de satisfacerlas. En esta contradicción se encuentran las fuentes del enorme potencial de agresividad que albergan los humanos.

Freud atribuyó toda la conducta social a fuerzas instintivas; entendió las necesidades humanas como demandas de los instintos percibidas subjetivamente, es decir, como expresiones funcionales innatas, y no consideró necesario distinguir entre las necesidades fisiológicas y otras que son el producto de la interacción humana en el medio social.

Podemos referirnos ahora a dos modos principales en que la agresividad se orienta en los seres humanos y constituye formas relativamente fijas de relación con los demás, características en la vida de un individuo:

La autoafirmación que se muestra como valentía, espíritu de aventura y creación es agresividad en el sentido de necesidad de actuar, de enfrentar obstáculos, de acometer, en contraste con la tendencia a ceder, a someterse, a retirarse ante los impedimentos. La autoafirmación representa un modo de ser característico y no implica una negación de los demás; por el contrario, un individuo cuya personalidad total se ha orientado de esta manera puede encontrar incluso satisfacción en ayudar a otros a afirmarse a sí mismos. Aunque persigue sus metas con valentía y se defiende cuando sus valores son puestos en peligro por otros, no se ensaña con sus rivales vencidos. Nunca destruye por destruir. Si la destrucción ocurre, es accidental, en todo caso la consecuencia de exceso de legítima defensa.

En contraste con lo anterior, la destructividad como forma de agresividad que orienta la conducta de algunas personas, poco tiene que ver con la agresividad que encierra el sentido de una afirmación o de una defensa. Para las personas destructivas es más fácil detestar que amar, destruir que construir. La destructividad es una forma perversa de autoafirmación; la respuesta a una necesidad irracional de destruir. Algo en el carácter de la persona destructiva lo impulsa a sembrar el sufrimiento a su alrededor, aun sin percatarse de ello. Es cruel no tanto en respuesta a situaciones actuales que pueden ser meros pretextos para expresar el odio que alberga en su interior.

Como E. Fromm (29) ha señalado, para la persona destructiva la alternativa no es necesariamente encontrar empleo a su destructividad o destruirse a sí misma. Lo más común es que ambas tendencias coincidan en ella; que sea a la vez o alternativamente el victimario y la víctima. Por esto las tendencias sadistas y masoquistas se dan juntas en una misma persona aunque una u otra predomine y sea más explícita.

Autoafirmación y destructividad son dos formas abiertas de desarrollo de una potencialidad inicial indiferenciada. Diferentes condiciones favorecen uno

u otro desarrollo y no es necesario referirlas a la evolución de un instinto. Sin embargo, una vez que en el proceso de desarrollo se ha tomado una u otra dirección, se convierten en orientaciones de la personalidad relativamente fijas. Aunque en la clínica rara vez las encontramos en sus formas más puras y en mayor o menor grado aparecen mezcladas, su distinción sobre una base fenomenológica y dinámica es necesaria y posible.

Sólo hay una forma sana de orientación de la agresividad: biofilicamente, en procesos de afirmación, crecimiento y defensa; y varias formas patológicas, identificables por su dirección, sus metas y los móviles y las circunstancias que suscitan su descarga. La destructividad es la forma perversa, necrófila de la autoafirmación. Para subrayar su irracionalidad y su poder no es necesario relacionarla con el instinto.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) Alexander, F., *Psychosomatic Medicine*. Norton, Nueva York, 1950.
- (2) Bard, P., "A Diencephalic Mechanism for the Expression of Rage with Special Reference to the Sympathetic Nervous System". *Am. J. Physiol.* 84, 1928, p. 490.
- (3) Kluver, H. y P. C. Bucy, "Preliminary Analysis of Functions of the Temporal Lobes in Monkeys". *Arch Neurol. Psychiat.*, 42, 1939, p. 979.
- (4) Brill, H., "Postencephalitic Psychiatric Conditions". Cap. 56, en vol. 2. *American Handbook of Psychiatry*. Basic Books, Nueva York, 1959.
- (5) De Jung, R. N., "Psychomotor or Temporal Lobe Epilepsy". *Neurology*, 7: 1, 1957, p. 14.
- (6) Timbergen, N., *The Study of Instinct*. Oxford, Londres, 1951.
- (7) Kuo, A. Y., "The Genesis of the Cat's Response to the Rat", *J. Comp. Psychol.* 2, 1930, pp. 1-35.
- (8) Timbergen, N., Obra citada.
- (9) Lorenz, K., *On the Nature of Aggression*. Methuen and Co., Londres.
- (10) J. D. Carthy y F. J. Ebling, *The Natural History of Aggression*. Academic Press, Londres, 1964.
- (11) Scott, J. P. y E. Fredericson, "The Causes of Fighting in Mice and Rats". *Physiol. Zool.*, 24, 1951, p. 273-309.
- (12) Scott, J. P. *Aggression*. Univ. Chicago Press, 1958.
- (13) Clark, G. Citado por Berkowitz L. en *Aggression. A Social Psychological Analysis*. McGraw Hill Book Co., Nueva York, 1962.
- (14) Beeman, A., "The Effect of Male Hormone on Aggressive Behavior in Mice". *Physiol. Zool.*, 20, 1947, pp. 373-405.
- (15) Beach, F. A., "Bisexual Mating Behavior in the Male Rat. Effects of Castration and Hormone Administration." *Physiol. Zool.* 18, 1945, pp. 309-402.
- (16) Lorenz, K., Obra citada.
- (17) Thorpe, C. H., "Learning and Instinct in Animals", Harvard, Cambridge, Mass., 1956.
- (18) Thompson, C., "Psychoanalysis: Evolution and Development". Hermitage House, Nueva York, 1950.
- (19) Freud, S. *El problema económico del masoquismo*. En: *Obras completas*, vol. II, p. 1016. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- (20) Dollard, J. et al., *Frustration and Aggression*. Yale, New Haven, 1939.
- (21) Menninger, K., "Man Against Himself". Harcourt, Brace and Co., Nueva York, 1938.



- (22) Fenichel, O., "The Psychoanalytic Theory of Neurosis". Norton Co., Nueva York, 1945.
- (23) Alexander, F., "The Psychiatric Aspects of War and Peace". *Am. J. Social.*, 1941, pp. 504-520.
- (24) Hartmann, J., E. Kris y R. N. Lomenstein, "Notes on the Theory of Aggression". *Psychoanalytic Study of the Child*, vols. 3-4, Intern. Univer. Press, Nueva York, 1949.
- (25) Fromm, E., *El corazón del hombre*, 2ª ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1967 (Colección Popular 76).
- (26) Sartre, J. P., "Reason and Violence". R. D. Laing y D. G. Cooper. Tavistok Press, 1964.
- (27) Holt, R. R., "Ego Autonomy Re-evaluated". *Int. J. of Psychiatr.*, vol. 3, núm. 6, 1967.
- (28) Nacht, S., "De la agresividad como fuente de las contradicciones humanas". *Arch. Med-Mex.*, 1956. (Traducción del original.)
- (29) Fromm, E., *Ética y Psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica, México. 6ª ed., 1966 (Breviario 74).

TEORÍA FREUDIANA DE LA AGRESIVIDAD Y LA DESTRUCTIVIDAD

Erich Fromm

1) *Evolución de su concepto de la agresividad y la destructividad*

Tal vez el elemento más notable en el análisis de la agresión de Freud es el hecho de que hasta 1920 apenas puso algo de atención a la agresividad y a la destructividad humanas. Él mismo expuso su perplejidad sobre este hecho muchos años después, en 1930, en su obra *El malestar en la cultura*. "...Pero ya no logro comprender —escribió—, cómo fue posible que pasáramos por alto la ubicuidad de las tendencias agresivas y destructivas no eróticas dejando de concederles la importancia que merecen en la interpretación de la vida.¹

Para comprender esta laguna peculiar será útil que nos pongamos en el tono de las clases medias europeas por el tiempo anterior a la primera Guerra Mundial. No había habido una gran guerra desde 1871. La burguesía progresaba firmemente, así en lo político como en lo social, y el agudo antagonismo entre las clases disminuía debido al constante mejoramiento en la situación de la clase trabajadora. El mundo parecía pacífico y cada vez más civilizado, especialmente cuando no se ponía mucha atención a la mayor parte de la humanidad que en Asia, África y América del Sur vivía en condiciones de pobreza y degradación extremas. La destructividad humana parecía ser un factor que había desempeñado un papel en la Edad Oscura y durante muchos siglos antes, pero que parecía haber sido sustituida por la razón y la buena voluntad. Los problemas psicológicos eran los derivados del excesivamente estricto código moral de la clase media, y aun Freud, el más grande psicólogo de aquel periodo, estaba tan absorto con los problemas del sexo y su represión que sencillamente no dio importancia al problema de la agresividad hasta que, debido a la primera Guerra Mundial, ya no pudo ser pasado por alto. Esta guerra constituye la línea divisoria en el desarrollo de la teoría de la agresividad de Freud.

En *Una teoría sexual* (1905), Freud consideró la agresividad como uno de los "instintos componentes" del instinto sexual. Escribió: "El sadismo corresponderá entonces a un componente agresivo del instinto sexual exagerado, devenido independiente y colocado en primer término por medio de un desplazamiento."²

Pero, como le sucede con tanta frecuencia a Freud, totalmente en contraste con la línea principal de su teoría tenía un pensamiento que debía permanecer latente hasta mucho tiempo después. En la sección 4 de los *Ensayos* escribió:

¹ *El malestar en la cultura*. *Obras Completas de S. Freud*. Santiago Rueda Ed., Buenos Aires, 1955, vol. IV, p. 65.

² *Una teoría sexual*. *Obras Completas de S. Freud*. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, vol. I, p. 778. Compárese también para la evolución de Freud, "Theory of Aggression", resumen de J. Strachey en la introducción del editor a *Civilization and its Discontents*, vol. 21, Standard Edition.

